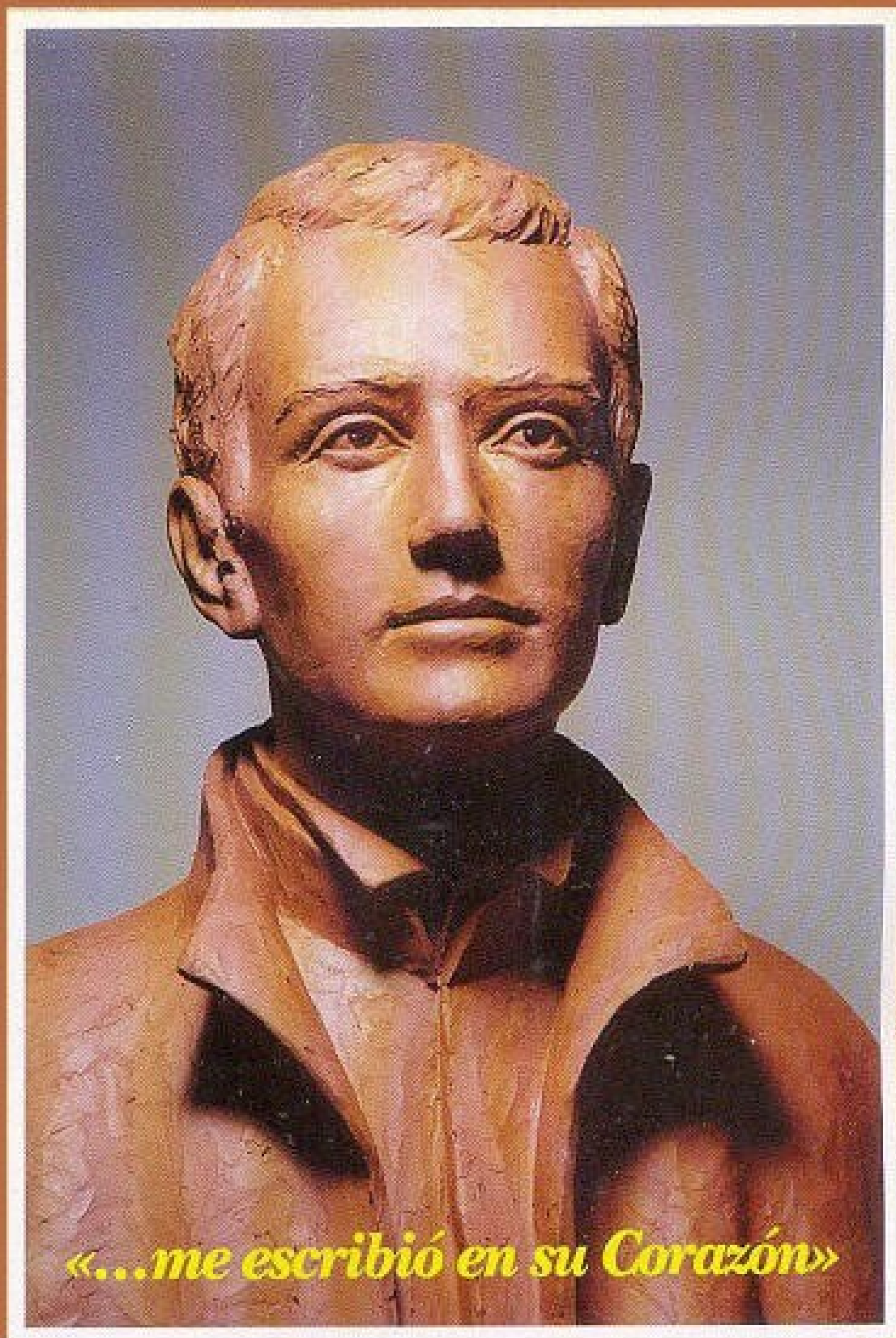


Máximo Pérez, S. J.



Vida y misión del  
P. Bernardo de Hoyos

Máximo Pérez, S. J.

**«...me escribió en su Corazón»**

*Vida Popular de*

Bernardo F de Hoyos

1993

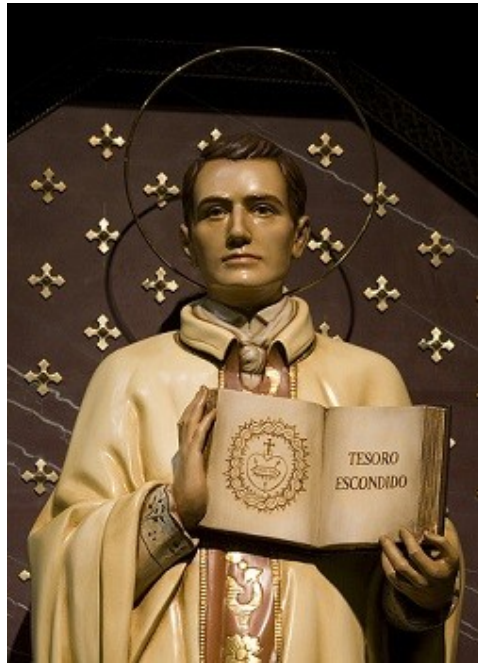
PORTADA: Busto del P. Hoyos modelado por  
José Ignacio Ferrer M-F. (1993)

DIBUJOS: Pripalmar

*Para saber más...*

M. PÉREZ: **El Poder de los débiles** Biografía  
amplia y selección de escritos de Beranrdo F.  
de Hoyos.

## DEL EDITOR



El 16 de enero de 2009 el papa Benedicto XVI firmó el decreto que admitía la **beatificación del Padre Bernardo de Hoyos**, que, siguiendo los procedimientos en vigor, se celebró en la Archidiócesis de Valladolid, donde se promovió la causa, **el 18 de abril de 2010**, en el paseo Central del Campo Grande de Valladolid, y fue presidida por Mons. Angelo Amato, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, como representante pontificio.

# ÍNDICE

PRÓLOGO.....	6
1. HECHO DE FUEGO Y DE RECTITUD.....	7
2. UN «BELLO ENTENDIMIENTO».....	11
3. EN EL TROQUEL DE LA VIDA COMÚN.....	16
4. MADURANDO PARA DIOS.....	20
5. TINIEBLAS Y LUCES.....	25
6. EL «TESORO ESCONDIDO».....	30
7. UN ESTUDIANTE MOVILIZA ESPAÑA.....	36
8. FUGAZMENTE SACERDOTE.....	42
9. SU CAUSA, EN MANOS DE LA IGLESIA.....	48
CRONOLOGÍA BÁSICA.....	51

## PRÓLOGO

*Hace dos años, a ruegos de la Vicepostulación de su causa, escribí una biografía amplia de Bernardo Francisco de Hoyos bajo el título El poder de los débiles.*

*La misma Vicepostulación me pide ahora un compendio popular. Esto, y no otra cosa, intento que sean estas páginas.*

*El título de esta obrita me lo ha prestado el mismo Bernardo. Al firmar su consagración al Corazón de Cristo, como se verá en el capítulo 7, conoció (dice él) «que Jesús recibía mi nombre en su Corazón». Tal expresión me parece una acertada síntesis de la vida y misión de Bernardo, marcadas ambas por la predilección de Jesucristo.*

*Intento dirigir mi obra a todos los públicos. Por fidelidad a las personas y a los hechos que vivieron, me ha parecido mejor aducir con frecuencia sus palabras textuales. Más importante que mis palabras y mi visión personal, creo que es ponerse en contacto con los mismos testigos y con las palabras que emplearon para contarnos lo que vivieron.*

*Estas citas van escritas en letras cursivas y generalmente son literales, salvo pequeñas modernizaciones del lenguaje para que su antigüedad no resulte dura a los menos acostumbrados a textos añejos.*

*Máximo Pérez S.J.*

## 1. HECHO DE FUEGO Y DE RECTITUD

*«En cinco de setiembre de mil setecientos y once años, yo, Don Cristóbal Sánchez, cura y beneficiario de la iglesia parroquial de Santa María de esta villa de Torrelobatón, puse Óleo Santo y Crisma y bauticé a Bernardo Francisco que había nacido el día 21 de agosto de este presente año, hijo legítimo de D. Manuel de Hoyos, secretario del Ayuntamiento de esta villa, y de Dña. Francisca de Seña... Dile por abogado a S. Francisco Javier.»*

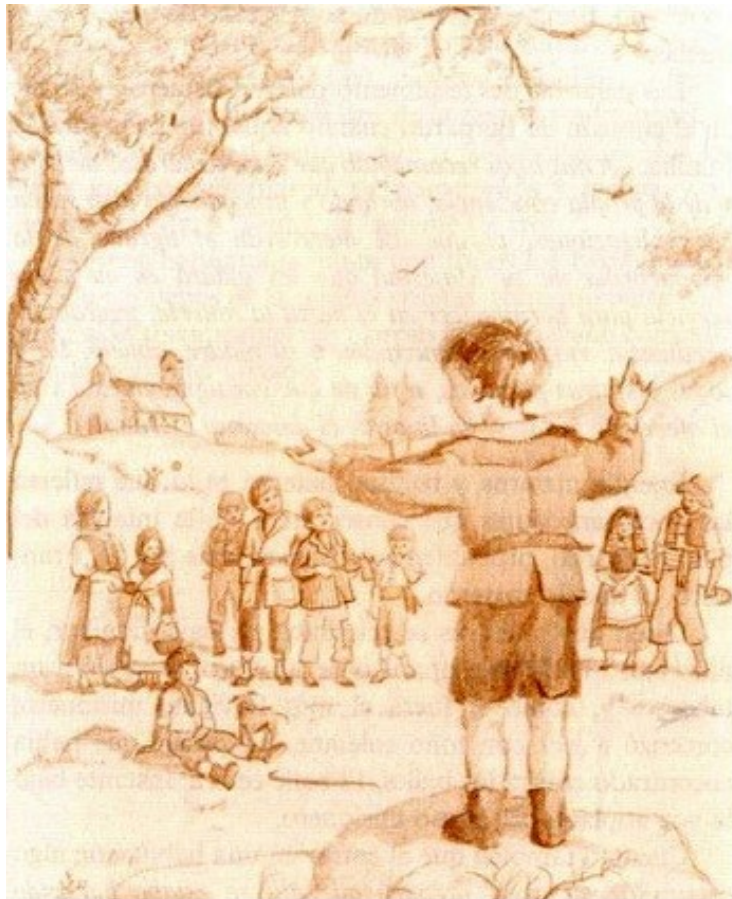
Así, en el baptisterio de Santa María de Torrelobatón, comenzó su camino hacia la santidad el niño Bernardo Francisco de Hoyos.

Quince días antes de este histórico 5 de setiembre de 1711 Doña Francisca de Seña había traído prematuramente su niño al mundo con no poco trabajo y hasta con mucho peligro de muerte. *«Muchas veces mi madre me dijo —escribirá más tarde Bernardo— que atribuía mi vida a un milagro... pues la hicieron muchas sangrías y otros remedios que debían quitarme a mí la vida.»*

Esto explica, en parte, el cuidado que la madre puso en la educación de su hijo *«pues le daba a conocer el cielo que, si perdía aquel hijo, le quitaba un gran santo»*.

Era Doña Francisca una mujer de mucho remango y decisión y poco dada a pamplinas y remilgos. Mujer *«de genio varonil, que nada tenía de las dulzuras vulgares de su sexo»*, nos dice quien la trató. Este rasgo materno marcó también fuertemente el temperamento de su retoño. Más tarde Bernardo reconocerá que su pasión dominante es la ira.

También lo reconocerán quienes vivieron con él, pues lo calificaron de «*genio vivo, colérico y ardiente*»; de «*espíritu de fuego*»; de «*pasiones vivas, ardientes y fogosas*»; de «*sumamente resuelto y desembarazado*».



*Tenía sólo siete años cuando, viendo un púlpito portátil a la puerta de la Iglesia, subió a él ardientemente intrépido y, cercado de muchos niños de su edad y aun más adelantada, les predicó el sermón que había oído el Domingo de Ramos.*

*Le era muy gustosa esta diversión apostólica de ponerse a predicar lo que había oído en los sermones. (Juan de Loyola).*

Pero, para ser fiel al bautismo recibido, el niño y el joven Bernardo tendrán que hacerse mucha fuerza. Tanta debió hacerse que, años más tarde, él mismo reconoce que su genio ya no es «*en mucho grado*», aunque sí es «*todavía lo suficiente para ocasionarme algunos ímpetus de enojo*».

Algunos quizá no pasaron de la superficie de Bernardo y lo enjuiciaron sólo como «*atento, modesto, dulce y agradable y caritativo con todos*». Pero los que le conocían más íntimamente notaron que esa superficie tranquila era fruto de un equilibrio de



fuerzas entre sus «pasiones vivas, ardientes y fogosas» y su no menos ardiente y férrea voluntad. *«Quien no le conociese, se equivocaría teniéndole por de genio apagado... pero tenía mucho que vencer en este particular»*, escribe Mucientes, uno de sus íntimos. Y el P. Diego Tobar, último formador que le trató, expresa lo mismo: *«quien no tratase íntimamente su alma, creería que no tenía pasiones, pero no que las vencía.»*

Si de Doña Francisca recibió Bernardo un fuerte temperamento, de Don Manuel, el padre, pudo aprender la honradez y coherencia en la conducta. D. Manuel era hombre acreditado por su veracidad y rectitud profesionales, fuertemente respaldadas por motivos religiosos. Así lo reconoció el Ayuntamiento en pleno a la muerte del secretario. Bernardo era ya un adolescente de trece años y medio.

Las palabras del testamento paterno debieron resonar en el corazón de Bernardo cuando aquel fue leído ante la familia: *«A mis hijos recomiendo que sean temerosos de Dios y de la propia conciencia, obrando y procediendo bien según sus obligaciones, porque así merecerán el agrado de la misericordia de su Majestad que les guiará en su santo servicio para permanecer en él hasta la muerte, guardando obediencia, respeto y veneración a su madre, abuelo, tío y todas las otras personas, a fin de que consigan en esta vida el afecto de todos y, en la otra, el descanso eterno.»*

Energía materna y rectitud paterna es lo que reflejan las pocas anécdotas que conservamos de la infancia del niño Bernardo, probablemente transmitidas por D. Francisco, el abuelo materno.

Dicen que mientras se celebraba un baile familiar, el niño entró en la sala provisto de un libro, se subió a un taburete y, como si fuera el más ferviente misionero, comenzó a leer con tono solemne, un pasaje que había encontrado contra los bailes. El baile cesó al instante bajo la voz atiplada del celoso misionero.

Cuentan también que al entrar en una habitación algo oscura de su casa, *«reparó que allí se estaba haciendo alguna cosa menos honesta»*. Como si fuera el profeta Jonás, el niño amenazó

a la casa con la ira de Dios clamando: «*¡La ira de Dios viene sobre esta casa!*»

«*Ardientemente intrépido*» —dicen textualmente los testigos— subía a los siete años a un pulpito portátil que estaba a la puerta de la iglesia, para predicar a sus compañeros el mismo sermón que por la mañana había escuchado y del cual, según parece, se había enterado bastante.

Un día llegó a la villa Don Francisco de Ochoa, obispo de la diócesis palentina (a ella pertenecía entonces Torrelobatón), para hacer la visita pastoral. Confirió órdenes sagradas a los nuevos clérigos de la región y administró el sacramento de la Confirmación a 245 personas. En las listas aparecen Bernardo, de nueve años y medio, y su hermanita María Teresa, solamente de tres.

Ambos hermanitos, junto con todos los habitantes de la villa y muchos de las aldeas vecinas, tomaron parte en la procesión solemnísimas del Corpus que aquel año coincidió con la visita del Obispo.

## 2. UN «BELLO ENTENDIMIENTO»

El niño Bernardo poseía un «*bello entendimiento*». Tal joya no debería perderse. No eran suficientes para él las enseñanzas de algún preceptor de la villa. Por este motivo sus padres deciden que el muchacho, de diez años solamente, vaya a vivir a la casa de una tía suya en Medina del Campo; así podría asistir a las clases del colegio de San Pedro y San Pablo, fundado y dirigido por los jesuitas. Era el mismo colegio en el que siglo y medio antes había estudiado el joven Juan de la Cruz.

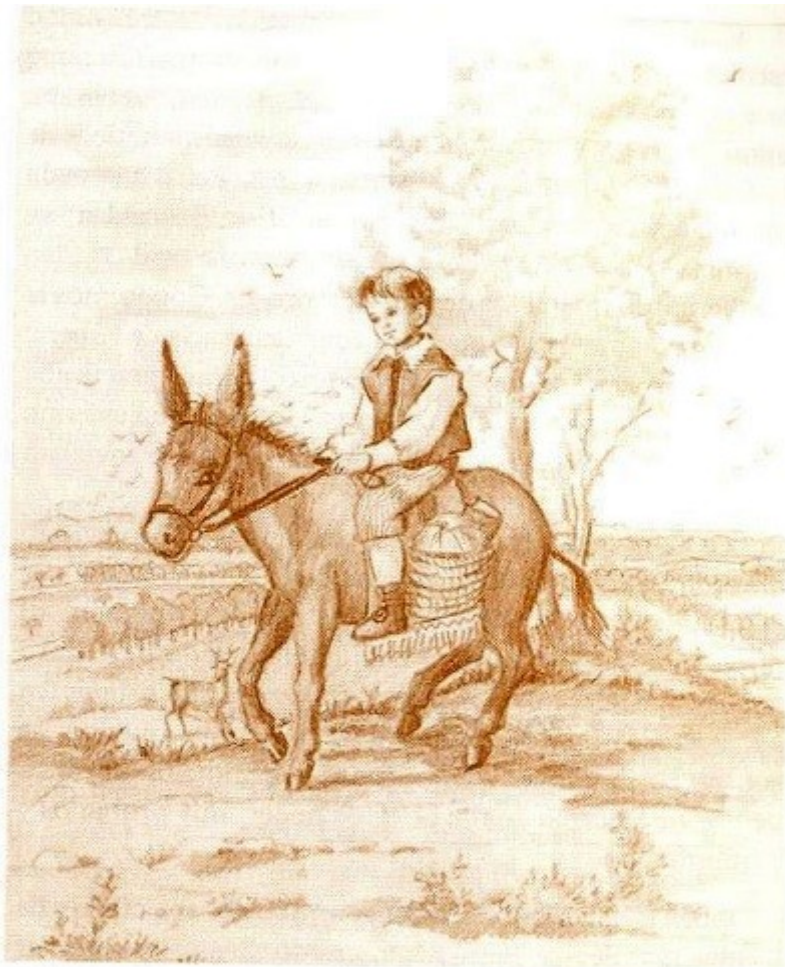
Los jesuitas formaban muy bien en la gramática, pero ponían más empeño todavía en imprimir la piedad en sus colegiales. Confesión y comunión frecuentes, exhortaciones para honrar a la Virgen, consejos para superarse y evitar todo pecado aunque fuera venial: este era el clima espiritual que se respiraba en el colegio medinense.

Como instrumento privilegiado para la formación religiosa se mimaba la Congregación Mariana del colegio: en ella los niños y jóvenes eran exhortados y adiestrados en la perfección cristiana. «*Era muy puntual a las confesiones y comuniones que los estudiantes de nuestras aulas de Gramática practican todos los meses y recibía con suma docilidad los buenos consejos de sus maestros cuando exhortaban a sus discípulos a la devoción a María Santísima...*», se nos cuenta de Bernardo. El niño había entrado decididamente por una piedad más intensa de la que había practicado hasta entonces en su pueblo donde lo ordinario era acercarse una vez al año, o poco más, a los sacramentos de la confesión y comunión.

Pero ¿qué soñaba aquel niño de diez años, o qué no le satisfacía para hacer aquella «trastada»? Una madrugada, sin

avisar a nadie, le roba a su tía la borriquilla y emprende el camino de Madrid distante 120 kilómetros. Como si la borriquilla fuera el caballo más trotón, en un par de días llega a la corte y encuentra, nadie sabe cómo, la casa de su tío Tomás, contable de su Majestad.

El niño de diez años venía, ni más ni menos, para que su tío le buscara el mejor colegio, porque todo le quedaba pequeño a su ansia de aprender.



*Era tan aplicado al estudio y tan deseoso de aprovechar que, por este fin, ejecutó un largo viaje, que pareció entonces fuga o travesura de la edad pueril; pero hoy se sabe que lo motivó haber oído en conversación a un pariente suyo que podía estudiar con más feliz progreso en Madrid. (J. de Loyola).*

Don Tomás de Hoyos lo devolvió a Medina, pero influyó sin duda en la decisión que tomó su hermano Manuel sobre el muchacho: Para el curso siguiente iría a estudiar al colegio de Villagarcía.

Villagarcía de Campos, situada a veinte kilómetros de Torrelobatón, era el sitio ideal para Bernardo. Allí, por la generosidad de Doña Magdalena de Ulloa, junto al noviciado de los jesuitas, había surgido un colegio. Cerca de mil alumnos, venidos de toda España, aprendían en él la gramática y las humanidades con el método «*más exacto y más útil de todos*» importado de París.

Cada casa del pueblo era una posada que acogía entre seis y ocho niños. A las siete (hora solar) la campana colegial, la famosa «*parlera*», convocaba a los colegiales a la misa matutina y a las once les daba suelta para ir a comer a sus posadas. A la una de la tarde «*la parlera*» volvía a encerrar a los colegiales en sus clases para liberarlos a las cuatro y media. La misma campana marcaba a las seis la hora de recogerse en las posadas para hacer los deberes escolares; y a las ocho, la hora de las últimas oraciones y de cenar.

Cuatro años estuvo Bernardo sometido a este régimen escolar de horarios cumplidos y vacaciones escasas. Durante este tiempo fue madurando su piedad. Bernardo rebasaba ampliamente la norma vigente en los colegios jesuíticos de la comunión mensual y se acercaba a la Eucaristía cada domingo y en las fiestas importantes. Esta frecuencia era entonces el listón para los cristianos fervorosos.

Bernardo quería ser de estos fervorosos. Conocemos la preparación minuciosa que para comulgar hacía de víspera: unas veces leía algún libro piadoso; otras, practicaba alguna penitencia corporal; no pocas, visitaba algún enfermo o distribuía a los pobres algún dinerillo del que le enviaban sus padres para gastos personales.

La Congregación Mariana, existente en el colegio lo mismo que en el de Medina, le ayudó a exigirse cada vez más. En ella no se admitían los estudiantes vulgares. El provincial Gil González Dávila había dejado bien claro más de un siglo antes «*que en la Congregación se admitan pocos y con mucha probación*». ¡Lástima que no se conserven catálogos! Pero todos los indicios llevan a

pensar que Bernardo fue de estos pocos muy probados y admitidos.

Abierto a grandes ideales, y profundo escrutador de cuanto le rodeaba, Bernardo no pudo menos de observar aquellos jóvenes novicios que junto a su colegio hacían el aprendizaje de la vida religiosa. Desde el fondo de su corazón iba emergiendo una llamada cada día más definida: ¿por qué no también él?

Sólo tenía trece años y medio y había tomado ya una decisión irrevocable: sería de la Compañía de Jesús. Sus padres, que le creían aún un niño superficialmente entusiasmado a causa de la proximidad de los novicios, sometieron razonablemente a examen la pretensión del hijo. Y pudieron comprobar lo que en frase certera expresaría uno de los compañeros: «*este niño es ya muy hombre.*»

Era ya un hombre en su modo de pensar y en su modo de tomar decisiones. Era también un hombre en su modo de luchar contra las dificultades. Porque las dificultades para realizar su vocación iban a comenzar ahora.

La primera dificultad surgió a la pronta muerte de D. Manuel de Hoyos. Los tutores nombrados por el padre se replantearon el problema del permiso concedido por el difunto D. Manuel. Detrás de ellos estaba probablemente el abuelo Francisco, para quien Bernardo debía de ser su ojito derecho. Pero Bernardo mostró que era ya un hombre de personalidad muy hecha cuando se mantuvo inquebrantable en su decisión.

La segunda dificultad vino de donde menos podía esperarlo Bernardo. El era un muchacho listo, piadoso, de buen carácter. Sin embargo, cuando pidió oficialmente su admisión en la Compañía, aquella le fue denegada. ¿Razón? «*Su pequeña estatura y su aparentemente débil salud.*»

Y era verdad todo. Desde siempre Bernardo había sido pequeño. Su desarrollo corporal no iba en paralelo con su desarrollo psicológico y espiritual. Aparentaba tener dos o tres años menos de los que tenía.

En cuanto a su salud, también era verdad que aparentemente era débil: su cuerpo pequeño inducía a pensar que Bernardo era enfermizo. Pero afortunadamente esto era sólo una apariencia. La vida intensa que llevó después lo confirma. Los superiores, que enviarán cada tres años informes a Roma, calificarán su salud de robusta. El mismo Bernardo, pidiendo permiso para ciertas penitencias, afirma: «*tengo más fuerzas de las que usted piensa.*» Pero «*su pequeña estatura y su aparentemente débil salud*» eran un muro objetivo que le impedía ser novicio de la Compañía.

La dificultad le hizo crecerse espiritual y psicológicamente. Después de orar mucho, estudió por dónde podía atacarse el problema. Perspicaz como era, descubrió el punto débil. Y el punto débil era un viejecito, el P. Félix de Vargas, retirado ya en Villagarcía de importantísimos cargos de gobierno. El anciano, en distintas entrevistas, quedó tan cautivado por el joven que tomó su causa como propia y la defendió ante el P. Provincial. Hecha la luz sobre el candidato, se terminó concediendo a Bernardo la admisión al noviciado.

Esta se fijó para el 11 de julio de 1726, cuando Bernardo acabase su último curso de Humanidades. Faltaba todavía un mes y diez días para que el joven cumpliera los quince años.

### 3. EN EL TROQUEL DE LA VIDA COMÚN

«*El fin de un novicio jesuita es formarse perfecta imagen de Jesús, copiando en su alma la perfección de las acciones y virtudes de esta divina imagen del Padre.*» Así pudo leer Bernardo en un manuscrito que le entregaron cuando entró al noviciado para que él lo copiase, lo estudiase y comenzara a practicarlo.

Al final del noviciado, según nos cuenta el maestro, el novicio «*lo tenía casi de memoria*» y el manuscrito se había enriquecido con anotaciones personales valiosísimas.

Efectivamente, el noviciado no era para hacer grandes cosas, sino para hacer las cosas ordinarias de la vida común con mucho espíritu. El aprendizaje consistía, por tanto, en llenar de sentido amoroso la monotonía de una distribución de cosas menudas bastante apretada.

Aparte de esta monotonía, que era el plato fuerte del noviciado, los novicios debían pasar diversas pruebas, con las cuales ellos mismos y los superiores podían conocer el grado de maduración religiosa que iban adquiriendo.

Las pruebas principales eran las siguientes: Hacer el mes de ejercicios, según «*el modo y orden*» propuesto por S. Ignacio, para conocer y amar a Jesucristo hasta desear identificarse totalmente con Él; peregrinar durante un mes pidiendo limosna por diversos lugares para acostumbrarse a mal comer, mal dormir y a depender de la providencia; servir a los enfermos de los hospitales durante otro mes; enseñar el catecismo a los niños.

Además de esto, cada novicio practicaba las penitencias privadas que el maestro le autorizaba, y se humillaba también con diversas penitencias públicas como besar los pies de sus



hermanos, acusarse públicamente de sus culpas, comer en el mismo plato de los pobres que venían a pedir limosna, etcétera.

Mientras Bernardo practicaba todo esto en su noviciado eran canonizados en Roma dos jóvenes estudiantes jesuitas: uno de ellos no había terminado todavía sus estudios de teología, el otro no había concluido su primer año de noviciado. Luis Gonzaga y Estanislao de Kostka, elevados a los altares, comenzaban a ser propuestos como modelo de la juventud estudiantil europea.

Pero era dentro del noviciado, sobre todo, donde los novicios se esforzaban más que nadie por emular a los dos santos jóvenes. El maestro de novicios, Juan de Loyola, hábil escritor de vidas de santos, escribió con esta ocasión la vida de los nuevos santos. Intentaba así aumentar el hambre de santidad que, de por sí, ya tenían sus novicios.

También sonaba por entonces en el noviciado de Villagarcía el nombre de otro joven jesuita más reciente. Había ingresado en el noviciado de Malinas (Bélgica) y muerto cinco años después en Roma durante sus estudios de Filosofía. Este joven era Juan Berchmans: se había propuesto seguir los pasos de Luis Gonzaga, alumno de promociones anteriores en el mismo colegio. Berchmans había emulado a Gonzaga tan perfectamente que su proceso de canonización ya estaba avanzado. Relatos manuscritos de las virtudes heroicas de Berchmans pasaban de mano en mano y despertaban en los novicios deseos encendidos de imitarlo.

La nota específica de la santidad de Berchmans había sido su acierto y coraje para llenar de santidad heroica la vida común de un religioso estudiante; por eso su biografía se cotizaba muy alto entre los novicios.

Bernardo, en medio de la monotonía del noviciado, se propuso igualar la perfección de Berchmans. Consiguió una estampa del joven y la colocó en sitio donde pudiera tenerla siempre a la vista para no olvidarse de su propósito. Después, con una perspicacia insólita en un joven de quince años, fue analizando cada uno de los

ejercicios del noviciado y marcándose audazmente metas concretas para conseguir realizarlos con toda perfección.

Pronto los compañeros de Bernardo se dieron cuenta de que Berchmans había venido al noviciado de Villagarcía bajo un cuerpo más menudo e infantil, pero con un alma igualmente generosa y decidida. Por eso comenzó a correr por el noviciado el mismo dicho que había corrido por el noviciado de Malinas: *«Parece otro Berchmans, parece otro Hoyos.»*



*Para tenerlo continuamente a la vista pidió a su maestro una estampa del H. Juan Berchmans y al instante la puso en su aposento adornada con el humilde y pobre adorno de otro papel más grueso que la defendía y algunas motas encarnadas que la hacían más visible. (J. de Loyola).*

Los ojos inteligentes e insobornables de los compañeros fueron testigos de esa continua lucha por la fidelidad a la observancia de las reglas. «*He oído a muchos de sus condiscípulos, que le trataron íntimamente y le observaron sus acciones, que jamás le vieron cometer falta de regla*», escribe Juan de Loyola. No es exageración, sino pura realidad, porque a la muerte de Bernardo, varios compañeros suyos lo escribieron de su puño y letra en sus declaraciones firmadas.

Este olor y fama de Hoyos como émulo de Berchmans en la observancia perseveraron durante varios años en el noviciado de Villagarcía y llegaron hasta Italia. Efectivamente, diecisiete años después del paso de Bernardo por Villagarcía, entró en aquel noviciado el joven Juan Andrés Navarrete. Años más tarde sufrirá el destierro impuesto por Carlos III a los jesuitas y en Italia se entretendrá escribiendo la vida de algunos jesuitas ilustres muertos en el exilio. Según él, el ideal de alguno de estos jesuitas había sido imitar al venerable hermano Berchmans y al P. Bernardo de Hoyos.

Y es que cuatro años después de la muerte de Bernardo los jóvenes novicios jesuitas podían leer un volumen con las «vidas paralelas» de Berchmans y de Hoyos. Las escribía Juan de Loyola en un intento de probar esta tesis: que, entre el estudiante de Malinas muerto en Roma a los 22 años y el neosacerdote de Torrelobatón muerto en Valladolid a los 24, existía un claro empate en el campeonato por la santidad en la «vida común».

Si Juan Berchmans había escrito su famosa frase «*antes me dejaré hacer pedazos que faltar deliberadamente a una regla*», Bernardo escribía en una cuenta de conciencia: «*reconozco en mí un deseo de no quebrantar la mínima regla por cuanto tiene el mundo...*»; y esto otro: «*primero caerán las estrellas que faltar a una regla*».

## 4. MADURANDO PARA DIOS

Difícil tarea para un periodista si tuviese que llenar todos los días una columna sobre la vida de un noviciado... Porque en un noviciado no pasa nada; no cambia nada, sino el panorama interior de cada novicio. Todo pasa por dentro.

Bernardo, a punto de cumplir los 15 años, se tiró de cabeza a esta vida dispuesto a conseguir su maduración interior. Su vida en el primer año de noviciado fue pasando por cuatro etapas, un esquema interior que se irá repitiendo, con más o menos alternancias e intensidades, a lo largo de toda su vida.

Hubo, en primer lugar una etapa de alegría y de normalidad. Como los otros jóvenes que con él habían pedido su admisión, estaba haciéndose a la sorpresa de la nueva vida. Tiempo de fervor, sí, pero de normalidad. Probablemente otros vivían la misma situación con parecida intensidad.

A los seis meses, en el Adviento de 1726, entra en una nueva etapa: el joven novicio comienza a experimentar fenómenos interiores que le sorprenden y le dejan perplejo: una nueva luz interior le ilumina las realidades espirituales; el corazón se le derrite ante el Señor; los ojos comienzan a derramar abundantes lágrimas de alegría y de sentimiento espiritual...

Próximo a la Navidad como está, es el descubrimiento del amor de Dios hecho niño lo que le tiene tan absorbido el corazón que no sabe qué hacer. No se sabe dónde ha encontrado una estampa muy del gusto de la época: representa un Niño Jesús echando el anzuelo a un estanque donde nadan corazones para pescar uno de ellos. Bernardo proyecta sobre la pintura su realidad interior y se deshace de devoción: *«Niño mío, no tanto que me quemó y abrasó... Alma de mi vida, vida de mi alma, alma y vida de*

*mi vida y alma: hiere, consume, abrasa, enciende este mi corazón.»*

Otras veces es la representación de un Niño Dios cazador. Lo ha leído así en la nota necrológica del P. Manuel Padial, un anciano jesuita de Granada. A él comienza a sucederle lo mismo: el niño le dispara al corazón flechas de amor y cada blanco que hace le deja suspenso y fuera de sí.

Fiel al principio de su fundador San Ignacio, de que el amor consiste más en obras que en palabras, el novicio analiza con su maestro los resultados de tales fenómenos. Nada de esto le lleva a centrarse sobre el gusto espiritual, sino que le desprende de todo lo terreno, le empuja a la humildad, al escondimiento y a *«no cometer advertidamente ninguna imperfección, aunque me den la muerte»*.

A esta etapa luminosa sucede su primera noche oscura. Una noche muy lóbrega y muy larga para un principiante. Su primera cuaresma en la vida religiosa se parecía a la cuaresma de Jesús en el desierto. La oración era como la sequedad del desierto en la cual sólo se hacían presentes, y con una terrible fuerza, las tentaciones. Tentaciones contra la fe, tentaciones de blasfemia y tentaciones de impureza. Así desde el Miércoles de Ceniza hasta el Viernes Santo *«a la misma hora en que el alma santísima de Cristo bajó triunfante y gloriosa al limbo de los Santos Padres»*.

Como colofón de estas alternativas, Bernardo pasó a la etapa de la maduración, etapa para sacar el jugo a las experiencias pasadas. En sus apuntes personales resumió estas experiencias bajo el título *«Medios contra las tentaciones, dados por Jesucristo»*. Todos los remedios se resumen en paciencia, esperanza, fidelidad y hacer lo contrario de lo que sugiere la tentación; remedios que, en definitiva, no son sino glosas de lo que su padre, S. Ignacio, ya le había enseñado en el mes de Ejercicios Espirituales.

Durante el tiempo de noviciado, Bernardo encontró un amigo, Agustín Cardaveraz. Agustín era estudiante de Teología en el

colegio de San Ambrosio de Valladolid. La amistad se inició por carta y por iniciativa del director espiritual de ambos, el P. Juan de Loyola, porque nunca en la vida se habían visto.

A pesar de vivir separados por cuatro o seis decenas de kilómetros, sólo se verían en la vida una sola vez, y esto no por más de dos días. Sin embargo, entre el teólogo de 24 años y el novicio de quince años y medio nació una profundísima amistad espiritual que se mantuvo por medio de una correspondencia epistolar continua.

Agustín, unas veces será el amigo que acompañará a Bernardo en las duras noches oscuras que aún le esperan. Otras veces será el consejero espiritual que la inicie y oriente en los caminos de la mística. Y cuatro o cinco años más tarde, cuando Bernardo descubra el gran tesoro del Corazón de Cristo, los papeles se invertirán: Bernardo tomará la iniciativa y Agustín intentará secundar sus planes.

Entre las alternancias espirituales, entre los dimes y diretes epistolares con Agustín, y entre las cuentas de conciencia al P. Juan de Loyola estaba ya inminente el 12 de julio de 1728. Ese día se cumplían dos años de su entrada en el noviciado. ¡Cuánto había madurado en dos años! Al entrar ya se decía de él que eran un niño muy hombre; ahora podía decirse que era un novicio muy maestro.

Muy maestro, porque había aprendido a manejarse en los problemas espirituales; y muy maestro porque también había aprendido para los demás. Dentro de poco, y a lo largo de sus estudios, Bernardo, con permiso de sus superiores, impartirá instrucciones espirituales a algunos compañeros que le piden ese favor.

Para pedirle este tipo de ayuda espiritual los compañeros se sienten movidos probablemente por dos cualidades de Bernardo: la primera, su claridad en analizar los fenómenos espirituales propios y ajenos y las dificultades de la vida de perfección; la segunda, la eficacia en encontrar los medios más aptos para conseguir los fines que uno se propone.

Al término de estos dos años, el novicio estaba maduro para asumir el compromiso de los votos de pobreza, castidad y obediencia en la vida religiosa de la Compañía de Jesús.

Bernardo se preparó concienzudamente con más oración y una dosis mayor de penitencia: *«puso en la cama —nos relata un testigo— una tabla ñudosa que la endureciese más sobre la mucha dureza que tiene siempre un pobre y delgado colchoncillo a que se reduce la cama más regalada que tienen nuestros hermanos novicios.»*

Aquel doce de julio, cuando ya el sacerdote había colocado sobre los corporales el copón para impartir la comunión, se acercó Bernardo al altar y comenzó a leer la fórmula de sus votos. *«Al comenzar a leer la fórmula, vi en la sagrada Eucaristía al mismo Jesucristo que me oía, como juez en su trono, muy afable... Me causó mayor reverencia amorosa y amor reverente verle entrar y estar en mi lengua. Después de comulgar me dijo el Señor estas palabras intelectuales: «Desde hoy me uno más estrechamente contigo por el amor que te tengo.»*





*Cada novicio se sienta al madero con un pobre; le dan una ración de pan como al pobre, y los dos comen en una misma cazuela.*

*Si al acabarse la cazuela, quiere más el pobre, continuar comiendo con él hasta que el pobre no quiera más.*

*Sería mal espíritu no comer bastante de la cazuela con el pobre que le toca. (Prácticas del noviciado de Villagarcía).*



## 5. TINIEBLAS Y LUCES

Bernardo ha terminado su noviciado y acaba de comenzar sus estudios de Filosofía. Ahora reside en su antiguo colegio de Medina, sitio donde los estudiantes jesuitas de la provincia de Castilla se dedican a sus estudios filosóficos y a su formación espiritual después del noviciado.

Está advertido sobre tres peligros que la nueva vida puede presentar para un joven religioso. Algunos estudiantes, en efecto, pueden tomar los estudios como un expediente para cumplir o como tiempo para pasarlo alegremente. Otros, por el contrario, corren el riesgo de apasionarse de tal modo por las materias estudiadas que lleguen a concederles preferencia sobre los valores espirituales y las virtudes adquiridas en el noviciado. Y no faltarán, finalmente, quienes comiencen a dar culto a la vanidad, *«tan natural en los jóvenes estudiantes —escribe Juan de Loyola— que muy pocos se hallan sin ella»*.

Bernardo, muy consciente de sus riesgos, acomete la nueva etapa eligiendo con claridad y decisión tres posturas con las cuales quiere vivirla.

La primera actitud fue tomar en serio la recomendación que el fundador de su orden había escrito a los estudiantes: que *«tengan deliberación de ser muy de veras estudiantes»*.

La segunda era mantener la misma decisión tomada y vivida por su modelo Juan Berchmans. Este lo había escrito así: *«Nunca me avergonzaré de practicar lo que me enseñaron en el noviciado.»* Bernardo lo expresaba con estas palabras: *«Si los jóvenes jesuitas continuasen en los fervores y vida que empiezan en el noviciado, llegarían a ser grandes santos.»*

Su tercera resolución fue combatir la vanidad. *«He entendido que muchos, fieles hasta este momento al Señor, han naufragado en este escollo... y de este modo reservé intacto mi afecto de esta polilla, no deseando ni lucir ni dejar de lucir.»*

Talento tenía de sobra para destacar. Si no, al terminar la Filosofía nunca hubiera sido designado como defensor de varias tesis en un acto académico público. Por otra parte, su temperamento ardiente le empujaba a acalorarse en las discusiones filosóficas escolares tan fomentadas en aquel sistema de estudios.



*Su juicio y prudencia llaman la atención en un joven. (Informe enviado a Roma por sus superiores sobre el estudiante Bernardo).*

Su condiscípulo Mucientes, que observaba atentamente su conducta nos testifica lo que vio: *«Observé varias veces que, cuando en el ardor de las disputas se le decían algunas palabras hirientes incluso con gestos de desprecio hacia su persona y talento, se callaba del todo; o, si hablaba, era con tal circunspección que no ofendía ni la caridad ni la humildad.»*

Los tres años de estudio en el colegio medinense, lejos de mitigar el fervor de Bernardo, fueron para él de ascensión decisiva

y de llegada a aquella cumbre mística que los maestros en Teología Espiritual llaman desposorio espiritual. Pero antes de llegar a esta cumbre, Bernardo debía ser probado y madurado en el sufrimiento.

Una buena dosis de sufrimiento le venía de fuera, pero la mayor parte del dolor le manaba de la misma sustancia del alma.

De fuera le vinieron la muerte de su madre y las desavenencias familiares subsiguientes en las cuales se vio envuelto. De fuera le vino también cierta prevención y desconfianza de su superior provincial sobre el espíritu que le guiaba y el examen a que fue sometido.

Pero al mismo tiempo, desde su interior comenzaron a surgirle desconfianzas en la misericordia de Dios, tentaciones de blasfemia y de impureza, tedio de la oración, de la Misa, comunión y demás actividades espirituales, envuelto todo en tan profunda tristeza que le dejaba postrado y sin ganas de seguir adelante en la vida que llevaba.

Muestra de su tormento interior son estas breves líneas con que concluye una carta al P. Loyola dándole cuenta de conciencia y relatándole su situación anímica: *«Esta carta va regada con lágrimas que brotan de mis ojos; y me parece que soy la criatura más infeliz que de mujeres ha nacido.»*

Bernardo tenía la sensación de estar viviendo un verdadero infierno. Y no le faltaba razón, porque estaba experimentando el alejamiento de Dios con toda su crudeza. *«No sé cómo explicar tan terrible tormento, ni puede haber palabras tan expresivas que lo den a entender: ¡qué congojas! ¡qué melancolías! ¡qué tristezas! ¡qué penas! ¡qué tormentos! Parece que está la sustancia del alma oprimida por una inmensa mole.»*

Casi medio año duró la prueba, desde el 14 de noviembre de 1726 hasta el 17 de abril del año siguiente. Ese 17 de abril afortunadamente era domingo de Pascua y la luz del cirio pascual comenzó a rasgar las densas tinieblas que durante varios meses habían ocupado el corazón el Bernardo. Este comenzaba a darse

cuenta de que, como antaño con los discípulos en el camino de Emaús, Jesús resucitado caminaba también con él y le abría la inteligencia y calentaba su corazón. Le parecía a Bernardo que la voz de Jesús repetía las palabras del Cantar de los Cantares: «Levántate, date prisa, amiga mía... y ven, que el invierno ya ha pasado.»

Bernardo confiesa que entonó como himno de acción de gracias el salmo 132: «Bendito el Señor que no nos entregó en presa de sus dientes. Hemos salvado la vida como un pájaro de la trampa del cazador: la trampa se rompió y escapamos.»

Las pruebas anteriores, que le habían puesto a punto de despeñarse en la desesperación, ahora desembocaron en una temporada de profundas comunicaciones divinas. Comenzó a experimentar los «ímpetus del amor divino». El vocablo «ímpetu» lo aprende Bernardo de santa Teresa y entiende por esto *«una especie de padecer y gozar al mismo tiempo que purifica el alma mucho más que otros trabajos y pruebas... un suavísimo martirio, un dulce martirio de padecer y gozar»*.

Con su clarividente capacidad de análisis, Bernardo se pone a escribir un tratado sobre los «ímpetus del amor divino». Quien escribe esas páginas no es un doctor curtido por un largo magisterio y por el trato de almas místicas, no; es un simple estudiante de Filosofía que acaba de cumplir dieciocho años. Escribe lo que él ha experimentado, y va clasificando los fenómenos espirituales con una claridad y seguridad que pasman a su experto director espiritual, Juan de Loyola. El autor de los «ímpetus», afirma Loyola, *«es muy superior a su edad y a las noticias que podían haberle dado los libros»*.

Tanto los sufrimientos como las gracias espirituales que iba recibiendo el joven Bernardo le iban conduciendo a una gracia muy especial, la gracia de la pertenencia mutua y total entre Cristo y su amigo Bernardo, llamada técnicamente, por eso, «desposorio espiritual».

Después de una larga maduración, esta gracia iba a concedérsele en el día de la fiesta de la Virgen, 15 de agosto de 1730, cuando le faltaba sólo una semana para cumplir diecinueve años.

Al contárselo a su director espiritual, Bernardo emplea todos los elementos barrocos de su imaginación y de la imaginería y literatura religiosas a que estaba acostumbrado. Mas lo esencial de la gracia son, sin duda aquellas palabras de Jesús que él percibe y que, al tiempo de oírlas, obraban lo que decían: *«Ya eres mío y yo soy tuyo. Ahora puedes decir y firmarte Bernardo de Jesús: Tú eres Bernardo de Jesús y yo soy Jesús de Bernardo. Mi honra es tuya y la tuya, mía. Todo lo mío es tuyo. Lo que yo soy por naturaleza, tú lo participas por la gracia: tú y yo somos uno.»*

Estas palabras no eran de las que lleva el viento, ni eran pura imaginación de Bernardo. Eran palabras eficaces que hacen lo que dicen. El mismo Bernardo lo constata: *«Yo sentía hacerse y obrarse en mí alma todo lo que estas visibles ceremonias significaban: Sentía como aniquilarse el hombre viejo y parece que me revestía del hombre nuevo. Al decirme el Señor aquellas palabras “Jesús de Bernardo, etc.,” me parecía que, de alguna manera, de los dos nos hacíamos uno: tan estrecha era la unión que experimenté.»*

Con la defensa de varias tesis en acto académico solemne coronaba Bernardo sus estudios de Filosofía en el verano de 1731. Él, a punto de cumplir veinte años, y sus compañeros de curso entre los cuales probablemente era el más joven, se preparaban para iniciar, después de unas cortas vacaciones, sus estudios de Teología en el colegio de san Ambrosio de Valladolid.

## 6. EL «TESORO ESCONDIDO»

«*Tesoro escondido*» es título de un libro del cual hablaremos pronto. Lo escribió Juan de Loyola por iniciativa de Bernardo, pero no es demasiado temerario suponer que el título fue sugerido por el mismo Bernardo.

Y es que en este título Bernardo podía ver reflejada su propia historia. Una historia como la de aquel hombre de la parábola evangélica que, sin buscarlo, se topó con un tesoro.

Bernardo había llegado al colegio de san Ambrosio de Valladolid en setiembre de 1731. Seguramente su intención exclusiva consistía en estudiar profundamente la Teología y seguir su línea de santidad.

No esperaba Bernardo hallar ningún tesoro oculto. Pero cuando ya estaba bajando la cuesta de su segundo curso teológico saltó de repente la sorpresa y se encontró con el tesoro delante, sin haberlo buscado.

Es verdad que él no lo había buscado, pero Alguien sí había buscado a Bernardo y lo había preparado para este encuentro. Si el encuentro pudo parecer a muchos una casualidad, no lo era para Aquel que había elegido a Bernardo como instrumento para revelar a la Iglesia española las riquezas de su Corazón.

A la luz de este encuentro toda la vida anterior de Bernardo puede interpretarse como una preparación hecha por el Señor para esta tarea. Así lo entendió su primer biógrafo, Juan de Loyola. Y así parece lógico entenderlo, como vamos a ver.

Las cosas pasaron así.

El 29 de abril de 1733 el correo trajo una carta para Bernardo de su amigo Agustín Cardaveraz. Agustín, con una salud precaria, se ocupaba en dar clases de Gramática en el colegio jesuítico de Bilbao, mientras que en ratos libres ejercitaba sus ministerios sacerdotales. Precisamente para uno de estos ministerios pedía ayuda Agustín a su amigo Bernardo.

La villa de Bilbao celebraba la fiesta del Corpus con gran solemnidad. Durante la octava de esta fiesta, la parroquia de san Antón organizaba cultos especiales en honor del Santísimo y, con este motivo, había encargado un sermón para el día de la octava al P. Cardaveraz. El tema del sermón se lo había marcado Agustín a sí mismo. Quería hablar del culto al Corazón de Cristo tal y como había sido revelado a la religiosa Margarita María medio siglo antes, pero todavía desconocido en España. Él sí lo conocía, y además lo practicaba, aunque lo hacía exclusivamente en privado; mas en España, según su frase gráfica, «*era todavía ayer mientras en otros reinos era ya mañana*».

Para preparar su sermón pedía Agustín a su amigo que le sacase unos datos de un libro de la biblioteca donde él había descubierto esta devoción cinco o seis años antes, cuando era estudiante de Teología en san Ambrosio. El libro llevaba como título: *Culto al Sagrado Corazón*, y su autor era el jesuita P. José de Gallifet, actualmente consejero del P. General en Roma. Y, dato curioso, la edición del libro había sido sufragada por Felipe V, rey de España.

Aquel 11 de junio de 1733 sería predicado en la parroquia bilbaína de san Antón el primer sermón en

España sobre la nueva devoción del Corazón de Jesús. No sabemos qué fruto hizo el sermón de Cardaveraz en sus oyentes, mas sí sabemos que, antes de ser predicado, ya había hecho suficiente fruto al ganar para la causa del Corazón de Cristo el primer apóstol de ella en España.

Aquella semana debía estar Bernardo tan atareado con sus estudios que, desde el miércoles 29 de abril hasta el domingo 3 de

mayo, le fue imposible buscar el libro en la biblioteca y hacer el extracto.

¿Qué pasó por el corazón de Bernardo cuando leyó aquellos párrafos suplicados por su amigo? Es mejor que él lo diga: *«Yo, que no había oído jamás tal cosa, empecé a leer el origen del culto del Corazón de Jesús y sentí en mi espíritu un extraordinario movimiento, fuerte, suave y nada arrebatado ni impetuoso, con el cual me fui luego al punto delante del Señor Sacramentado, para cooperar cuanto pudiese, a lo menos con oraciones, a la extensión de su culto.»*

Es el primer toque que el Señor daba a Bernardo. El creía que, por ser todavía un estudiante, únicamente podría cooperar con oraciones. Pero al día siguiente, día 4 de mayo, el llamamiento del Señor se aclara y da un paso más: *«mientras adoraba al Señor en la hostia consagrada, me dijo clara y distintamente que quería por mi medio extender el culto de su Corazón para comunicar a muchos sus dones.»*





*Mientras adoraba al Señor en la hostia consagrada me dijo clara y distintamente que quería, por mi medio, extender el culto de su Corazón para comunicar a muchos sus dones...*

*Cerró y cubrió mi corazón dentro del suyo donde vi los tesoros y riquezas del Padre depositadas en aquel Corazón, conducto soberano de las aguas de la Vida...*

*Quedó mi corazón como quien ha entrado en un baño o lejía fuerte que deja consumida en sus aguas toda la escoria de que antes se veía cubierto. (Bernardo F. de Hoyos).*

Pasan dos días más y la gracia se profundiza para quitar del corazón de Bernardo «*aquel género de turbación*» que le había entrado por sentirse incapaz de realizar esta tarea: «*me dio a entender que yo dejase obrar a su Providencia, que ella me guiaría.*»

Cinco días más tarde, el 10 de mayo, Bernardo hace su compromiso: «*le ofrecí hasta la última gota de mi sangre en gloria de su Corazón.*»

Y, por fin, el día 14 de mayo, fiesta de la Ascensión, la gracia llega a su culminación: «*Dióme a entender que no se me daban a gustar las riquezas de este Corazón para mí sólo, sino para que por mí las gustasen otros. Pedí a toda la Santísima Trinidad la consecución de nuestros deseos. Y pidiendo esta fiesta en especial para España, en que ni aun memoria parece que hay de*

*ella, me dijo Jesús: «Reinaré en España, y con más veneración que en otras muchas partes.»*

Lo que, a nuestro propósito, puede deducirse de esta gracia iterativa concedida a Bernardo es lo siguiente:

1. Que se trata de una gracia, no sólo para enriquecimiento personal de Bernardo, sino también para ser *instrumento* por cuyo medio Dios quiere dar a conocer a otros las riquezas del Corazón de Cristo.
2. Que este instrumento tiene una misión similar a la de otro instrumento llamado Margarita María de Alacoque: lo que por medio de ella quiso realizar Cristo en su Iglesia, proporcionalmente es lo que Cristo quiere realizar por Bernardo en España y sus virreinos de América.

Jesucristo promete a Bernardo *reinar en España con más veneración que en otras muchas partes*. ¿Por qué precisamente en España? ¿Es porque los españoles son mejores? ¿Es porque lo necesitan más?

Sin duda todo depende del sentido que se dé al término «reinar» y al comparativo «más». Ayudará a descifrarlo conocer el sentido mismo que, según parece, daba Bernardo. La preocupación de Bernardo era que, mientras la devoción al Corazón de Cristo era ya conocida en otros muchos países, en España *«ni aun memoria parece que hay de ella»*. Juan de Loyola lo confirma al afirmar que tal culto era conocido *«en casi todas las provincias de la Cristiandad, menos en España»*. Y añade: *«eran tan escasas las noticias que teníamos en España de esta amantísima devoción que, aun los que estaban empeñados en favorecerla, sabían muy poco en este punto.»*

Este desconocimiento sobre el nuevo culto parece ser lo que impresionaba a Bernardo; y darlo a conocer, extenderlo, organizar cultos públicos y conseguir el Oficio y Misa del Sagrado Corazón, fundar cofradías del Sagrado Corazón, etc., esto es quizá lo que él entendía por el «Reino» del Corazón de Jesús en España. Según esto, la promesa de Jesús a Bernardo no parece pueda interpretarse como un campeonato ganado por España frente a las

otras naciones o «partes» del mundo. Más bien parece ser una respuesta al ansia o queja de Bernardo, el cual sufría porque el «tesoro escondido» era desconocido aún en España, mientras en otras muchas partes era conocido y venerado. Si esto es así, lo que Jesús quería decir a Bernardo es que lo que él conocía de «otras partes» también se produciría en España, y con no menos vigor.

Uno de los primeros colaboradores de Bernardo, el P. Pedro de Peñalosa, da esta misma interpretación: *«Aunque España comienza la última en su carrera, podrá su alentado fervor alcanzar y, por ventura, pasar, con el favor divino, a los primeros.»*

Pasarán sólo dos años y Bernardo se felicita porque ya la visto con sus propios ojos lo que tanto deseaba, *«ver por mis propios ojos rendidas adoraciones de los fieles a este amable Corazón»*.

## 7. UN ESTUDIANTE MOVILIZA ESPAÑA

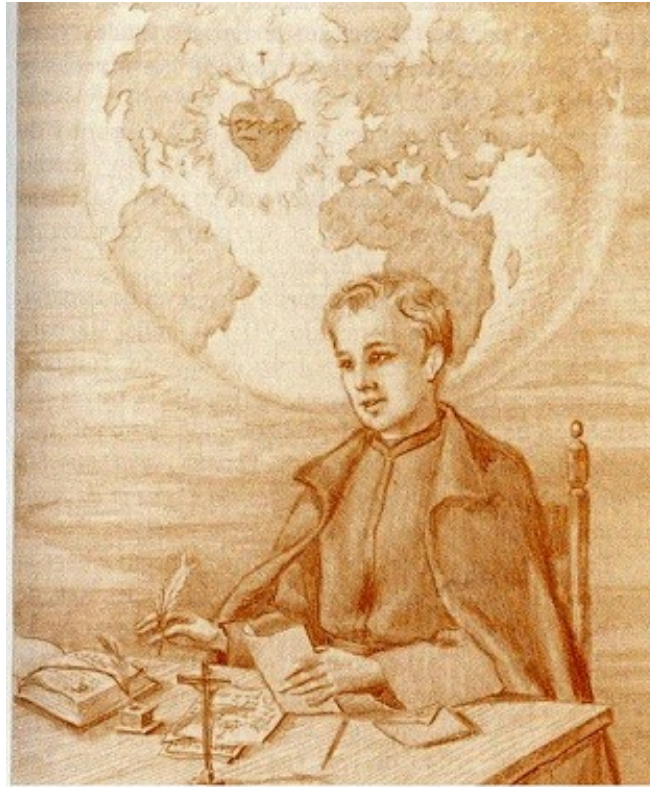
Lo más urgente para Bernardo era realizar él mismo, lo que luego enseñaría a los demás. Por tanto debía hacer cuanto antes su consagración al Corazón Divino «*al cual quería consagrar todos sus pensamientos y obras*». El soñaba con hacer la entrega de sí mismo el viernes después de la octava del Corpus, porque precisamente ese era el mismo día en que Jesús había pedido a Margarita María que se instaurase en la Iglesia la fiesta de su Corazón. Quedaban para ello cuatro semanas que Bernardo empleó en prepararse.

Aquel día doce de junio de 1733 Bernardo celebró por primera vez la fiesta del Corazón de Jesús. Fue una celebración en privado, porque para trabajar por conseguir la celebración pública había sido elegido él.

Bernardo usó la misma fórmula que cincuenta años antes había empleado el P. Claudio de la Colombière, fórmula que más tarde él irá entregando a cuantos jesuitas quisieran imitarlo. Después de la Misa, estampó su firma bajo el escrito con estas palabras: «*Discípulo amantísimo del Corazón de Cristo, Bernardo Francisco de Hoyos.*» Bernardo confiesa que «*al firmar, conocí que Jesús recibía mi nombre en su Corazón*».

Bernardo no es más que un simple estudiante que se prepara para el sacerdocio. Sus superiores quieren que se dedique a los estudios con todas sus fuerzas. También él lo quiere y tiene bien claro que su misión no puede ser una huida de sus obligaciones de estudiante. Pero a partir de este momento se siente con una cantidad de fuerzas y de proyectos en la *cabeza* que él mismo se admira de que sus campaña propagandística no le absorba tiempo del estudio.

Además, él no quiere ni debe hacer la campaña directamente. Ve claro que ha de hacerla por medio de otros jesuitas. Y estos jesuitas, no serán sus compañeros, sino los mayores que él que ya están metidos en el trabajo pastoral. Con una fina perspicacia Bernardo no se fija en cualesquiera, no; pondrá los ojos, sobre todo, en los más significativos de la provincia de Castilla.



*Emprendió, por medio de sus confidentes jesuitas, inflamar toda España y el nuevo Mundo en el sagrado incendio de la devoción al sagrado Corazón. (J. de Loyola).*

Ganar para su causa a los que habían sido superiores y formadores suyos, era una utopía. Sin embargo, al poco tiempo vemos a Bernardo alentando un grupo de jesuitas maduros: a todos ellos ha entregado la fórmula de consagración del P. la Colombière y ha conseguido que consagren a Corazón de Jesús sus personas y su actividad apostólica. En el equipo hay provinciales y exprovinciales, rectores, maestros, predicadores, misioneros... Es justo el comentario de Juan de Loyola sobre este hecho: *«No puede dejar de admirar que los primeros hombres de una provincia fuesen los que abrazaban los intentos de Bernardo y*

*los llevasen a efecto.»* Se ha formado el grupo de «sus confidentes», como le gusta decir al mismo Loyola.

La necesidad más urgente para lanzar la campaña de propaganda sobre el Corazón de Jesús era tener un libro escrito donde se expusiera *«la esencia y solidez de este culto, las dificultades y oposiciones de que había triunfado, y los favores que habían recibido los devotos»*. Esta tarea se la encomendó Bernardo a su director espiritual, Juan de Loyola. En realidad la idea y el esquema eran de Bernardo. También se encargó Bernardo de recoger fondos para pagar la edición, así como de corregir las pruebas y distribuir la edición.

Tras muchas dificultades y retrasos de la censura y de la imprenta el libro ve la luz a finales de 1934, año y medio después de haber comenzado Bernardo su tarea. Sale bajo el título *«Tesoro escondido en el Sacratísimo Corazón de Jesús descubierto a nuestra España...»*.

El libro es enviado por Bernardo a los reyes de España, a los príncipes (futuro Fernando VII y su mujer Bárbara de Braganza) y a diversos personajes de la corte. También es enviado a todos los Obispos de España a través del Arzobispo de Burgos. A este prelado pide Bernardo que forme con todos los obispos de España *«una sagrada confederación para extender los cultos del Corazón de Jesús y para solicitar del Papa su fiesta, Oficio y Misa»*.

La confederación de Obispos se lleva a efecto y hace la súplica a la Santa Sede. Sólo falta la carta del Rey de España. Bernardo la consigue también movilizandó la influencia del P. Clarke, confesor real. Las ciudades más importantes de España reciben gruesos paquetes de ejemplares del *«Tesoro Escondido»*. El gran misionero Pedro de Calatayud, del grupo de *«los confidentes»*, propaga por millares este libro en sus misiones.

A estos *«confidentes»* da la consigna de que en la predicación, en el confesionario, en las conversaciones privadas y en toda ocasión exhorten a la devoción al Corazón de Jesús.



Bernardo sabe también que muchas personas no leen. Para estas personas emprende la campaña de las estampas. Hace traer de Roma estampas y también un negativo para poder reimprimirlas en España. Tantas estampas debieron de repartirse que Loyola no duda en afirmar que *«seguramente apenas hubo lugar ni pequeña aldea en toda España donde no se adorase por este medio el Corazón de Jesús»*.

Con las estampas corrían de mano en mano también las novenas. Por encargo también de Bernardo, el P. Juan de Loyola, el escritor del grupo de *«confidentes»*, redactó el texto de la primera novena. Bernardo metía en un sobre una estampa del Corazón de Jesús y un ejemplar de la novena y se la enviaba a todo el mundo con este sobrescrito: *«A N.N. de N. que Dios guarde muchos años.»* Cosa parecida hacía cuando enviaba el sobre a un convento de religiosas: *«El que remite a usted esta estampa y novena le ruega se digne introducir en su santa comunidad la devoción al Corazón de Jesús, y suplica a todas las religiosas que comulguen todos los primeros viernes de cada mes.»*

Todas estas novenas se hacían en privado. Bernardo preparó con todo esmero la primera novena solemne y pública que se hizo en España en honor del Corazón de Jesús. Las dificultades que tuvo que superar sólo Dios las sabe. Se trataba de una devoción nueva, quien la promovía era un estudiante que, a juicio de muchos, debería dedicarse más a sus libros que a promover novedades... Era normal que el rector y los consultores de la casa recelasen. Bernardo confesó que hubo *«mil oposicioncillas, unas de monta y otras rateras»*.

Al fin el rector, P. Francisco de Rávago, optó por una solución intermedia: permitir la novena, pero no en el templo, sino en la capilla de las Congregaciones que estaba adosada al templo y tenía puerta directa a la calle.

Y la novena se hizo con toda pompa: predicador, chantre, cantores, músicos y... calor, mucho calor; porque, además de estar en el mes de junio, la capilla se abarrotaba de público. La gente contribuyó con sus donativos a los gastos de manera que *«las*

*limosnas fueron mayores de lo que se necesitaba y esperaba». Aquella novena fue la que rompió el miedo de los otros predicadores, de manera que, según Bernardo, «se ha abierto la puerta para que se pueda hablar francamente de la causa del Corazón de Jesús en los pulpitos».*

Los asistentes fueron exhortados a comulgar todos los primeros viernes de mes, y también fueron invitados a la novena del año próximo. Y los de la comunidad jesuítica ¿qué? *«Admiraron el suceso por milagroso y piensan que claramente anda aquí el dedo de Dios.»*

Uno de los fichajes más valiosos para el grupo de los «*confidentes*» fue el del misionero tafallés P. Pedro de Calatayud. El consiguió que la causa del Sagrado Corazón prosperase en las clases populares sobre todo. No hubo diócesis española que no recorriese en sus cincuenta años de correrías apostólicas. La aportación del P. Calatayud a la causa se hacía en el pulpito, en el confesionario, en la propagación de estampas y libritos y dejando establecidas las cofradías del Corazón de Jesús en centenares de pueblos y ciudades que misionaba. *«Sólo en Asturias —afirma el misionero— superan el centenar.»*

Pero el mismo Calatayud reconoce que Bernardo fue el que le lanzó a esta campaña: *«él fue el impulso y el motor para que yo predicase esta devoción desde el pulpito; para que la insinuase a varias y muchas comunidades religiosas y la abrazasen muchas almas piadosas de estos dos reinos de Murcia y Valencia; para que yo fundase las Congregaciones del Corazón de Jesús en Lorca, Orihuela, San Felipe, Elche, Novelda, Aspe, Petrel, Villena, Almansa y Onteniente.»*

Seis años antes, en una de sus pasadas por Villagarcía, Calatayud había conocido al novicio que era Bernardo entonces. El maestro de novicios quiso que el proyectado misionero conversase con el novicio quinceañero, para que dictaminase sobre su espíritu. ¡Quién iba a decirle que, seis años más tarde, aquel novicio iba a animar al misionero para que hiciera tres cosas: predicar sobre el



Corazón de Jesús, escribir sobre lo mismo y fundar las congregaciones o cofradías del S. Corazón...!

## 8. FUGAZMENTE SACERDOTE

Francisco Mucientes y Manuel Pereira, los dos compañeros de curso de Bernardo, iban a ordenarse durante aquel cuarto curso de Teología que acababan de comenzar. Pero Bernardo no se ordenaría: le faltaba la edad canónica, ya que hasta dentro de un año no cumpliría los veinticuatro años.

Es cierto que podía pedirse dispensa, pero esto no entraba en el modo de ser de Bernardo. ¿Por qué debería él singularizarse ante una disposición de la Iglesia? ¿Y por qué deberían hacerse en provecho suyo gastos de secretaría en la curia vaticana? Estas dos razones le movían a callar y esperar pacientemente, sin hacer caso de cuantos le sugerían lo contrario y aun se ofrecían a sufragarle los gastos que pudiera haber.

Alguien debió tratarlo con el P. Provincial que también había sido primer maestro de novicios de Bernardo; y el Provincial intervino manifestando al rector de San Ambrosio, P. Rávago, que *«era su voluntad que el H. Hoyos se ordenase este año de sacerdote»*.

Bernardo comenzó en serio su preparación espiritual inmediata para el sacerdocio. Desde el 14 de septiembre, fiesta de la Santa Cruz y casi comienzo de curso, sentía Bernardo especial llamada por fijarse sobre la cruz y la corona de espinas que adornaban el Corazón de Jesús. Bernardo lo entendió: *«quería Jesús darme a gustar la corona de espinas que ciñe su Corazón.»*

Y de verdad se la da a gustar. A veces, según cuenta él, su alma se encontraba anegada en un mar de penas *«y sumergida en un abismo de amargura tal, que muchas veces me hubiera quitado la vida, si el Señor no me hubiera dado fuerzas»*.

Pero en esa misma tristeza mortal y angustia encontaba tanto consuelo *«que no quisiera, por todo el mundo, apartar de los labios ese vaso de amargura»*. Era la preparación que Jesús estaba haciendo de su sacerdote asimilándole a Él y haciéndole gustar lo mismo que Él quiso gustar por salvar a los hombres.

El 18 de diciembre de 1734, día de la Expectación del Parto de Nuestra Señora, Bernardo fue ordenado subdiácono. El 31 de diciembre recibió el diaconado. Y el día 2 de enero del nuevo año 1735, el mismo Obispo de Valladolid, en un gesto de buena voluntad, enviaba su carroza al colegio de san Ambrosio para traer a su palacio los tres ordenandos jesuitas.

Las impresiones espirituales del día las recogió Bernardo en sus papeles: *«Al tiempo de recibir la potestad sacerdotal sentí la mudanza que se obraba en mi alma, mirándola hermoseedada con el carácter sacerdotal... Al pronunciar el Obispo aquellas palabras “recibe el Espíritu Santo”, me llené todo de un sagrado pavor percibiendo interiormente la compañía de tan divino huésped en las gracias y dones que se me comunicaban. También me declaró el Señor cómo este Sacramento del Orden ha manado de su Corazón purísimo, el cual me comunicaba la potestad de comunicar los tesoros de su preciosa sangre.»*

El día 6 de enero, fiesta de la Epifanía, iba Bernardo a celebrar su primera misa en el templo de san Miguel. Madrugó para renovar sus votos como hacían ese día los estudiantes jesuitas; renovación que hizo, como era su devoción, ante «sus» santos (Juan Evangelista, Francisco de Sales, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Luis Gonzaga, La Colombière, P. Padiel y también ante las cuatro santas favorecidas especialmente por el Corazón de Cristo, Gertrudis, Teresa, Magdalena de Pazzi y Margarita. *«Jesús me confirmó la elección que había hecho de mí para procurar su culto.»* Después salió del colegio de san Ambrosio hacia el templo de san Miguel para celebrar su primera Misa.

Los meses restantes hasta julio el neosacerdote se dedicó interiormente a saborear la ordenación recibida, y exteriormente, a coronar sus estudios teológicos con el examen final.

Poco pudo ejercitar los ministerios sacerdotales, pues a primeros de septiembre ya estaba nuestro sacerdote traspasando la puerta del colegio de san Ignacio en la misma ciudad de Valladolid. Se disponía a realizar la última etapa de su formación: un año dedicado más intensamente a la oración y a la formación espiritual, que los jesuitas llaman tercera probación.

Allí le esperaba como Instructor espiritual el P. Diego Tobar, un hombre insobornable, enérgico, firme, imparcial. Él sería el guía de este último itinerario espiritual de Bernardo.

El experto maestro de espíritu sólo pudo observar a Bernardo durante dos meses y medio. En este breve tiempo pudo advertir en Bernardo los siguientes rasgos de los cuales deja constancia en su Dictamen escrito: el primero, su admirable docilidad y rendimiento de juicio a los superiores; el segundo, su mortificación exterior e interior; el tercero, una naturalidad tan grande en sus actuaciones, que *«ni aun los que vivieron muchos años en su compañía llegaron a sospechar que Bernardo fuese hombre de gran virtud»*.

A estas notas añade Tobar otra que le llamó profundamente la atención: *«Por más que le observé en las muchas ocasiones en que por mi oficio le hablaba y lo veía, jamás noté en él alguna falta de regla.»*

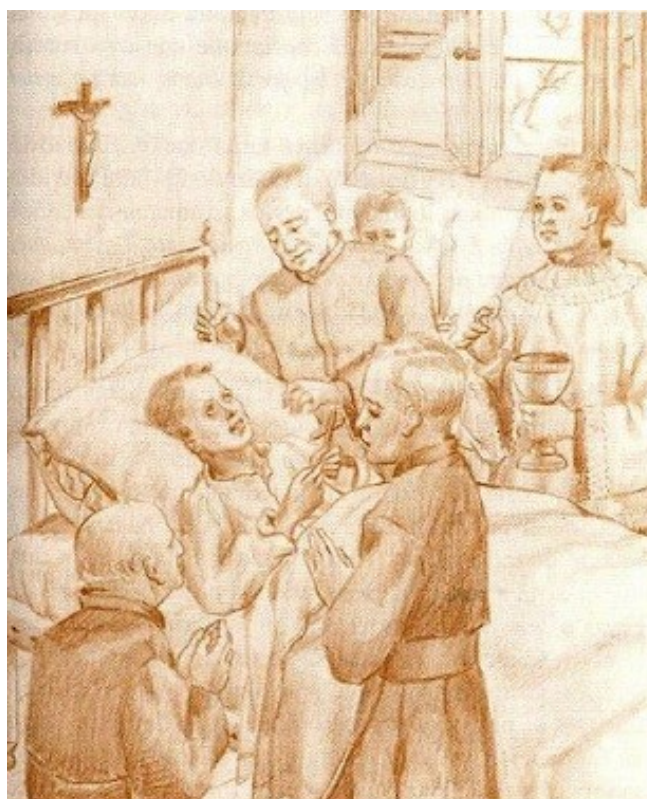
Y todavía nota otra cualidad de Bernardo: la clarividencia con que percibía los fenómenos espirituales que sucedían en su alma y la nitidez con que los describía. Cualquiera que se acerca a leer las cuentas de conciencia de Bernardo, puede comprobar que el sagaz Instructor daba en el clavo.

Apenas dos meses y medio llevaba Bernardo en su retiro de la Probación cuando se sintió indispuesto. Nada grave, pensó él. Y, hecho como estaba a no concederse exenciones, aguantó de pie dos días. Al tercer día un compañero le advirtió que sería mejor quedarse en cama, puesto que se habían dado en Valladolid

bastantes casos de tabardillo que habían ocasionado bastantes muertes. «*Primero quiero ir a celebrar Misa y despedirme de Jesús*», contestó Bernardo. Parecía como si sospechara su próximo fin.

El nombre popular de «tabardillo» no era sino lo que hoy, más técnicamente, llamamos tifus. Pronto la enfermedad se manifestó con toda su violencia. Fiebres altísimas, desmayos, dolores agudos de cabeza, saltos del corazón, fatigas, temblores y, sobre todo, una sed insoportable. El P. Tobar nos dice que cuando Bernardo intentó confesarse por última vez, tuvo que enjuagarse la boca porque la suma sequedad que tenía en ella le impedía hablar.

El P. Rector Manuel de Prado, el mismo que le había abierto la puerta del noviciado, el mismo que le había asistido en su primera Misa, le imponía ahora la santa unción de los enfermos. Él cuenta que le oyó repetir varias veces a Bernardo: «*¡Oh, qué bueno es habitar en el Corazón de Jesús!*»



*Siempre que en el transcurso de su enfermedad le preguntaban si quería morir, respondía: Yo quiero lo que el Corazón de Jesús quiera...*

*Después de recibir el viático se le oía repetir: ¡qué bueno es habitar en el Corazón de Jesús! (J. de Loyola).*

Al poco tiempo de recibir la santa unción, Bernardo entregó su vida en el Corazón de Jesús donde había vivido. Pocos años antes, hablando de los «ímpetus del amor divino», había escrito: «*Yo espero, como santa Teresa, que, si es la voluntad de Dios, he de rendir la vida a manos de tan amorosos matadores.*» El Corazón de Jesús se lo concedió sin duda.

Era el 29 de noviembre de 1735. Bernardo había vivido veinticuatro años, tres meses y nueve días. En la Compañía de Jesús no había llegado a vivir nueve años y medio.

Su muerte se comunicó inmeditamente a todas las casas de la provincia religiosa, como suele hacerse en la muerte de todo jesuita. Una semana más tarde salía una nueva carta a todas las casas: era una breve necrología de cinco o seis hojas, una especie de *curriculum vitae*, que también se escribía en todas las defunciones jesuíticas.

Lo extraordinario, que sólo tenía lugar en fallecimientos de personas excepcionales, era la llamada *Carta de Edificación*, o *Elogio*. Esta carta sólo se escribía por mandato del P. Provincial y muy raras veces. En este caso el Provincial era el P. Francisco Miranda, quien comisionó para ello al P. Prado. Esta carta, elogio oficial de la Compañía, constituye la primera biografía de Bernardo y en ella se manejan algunos de los escritos que después empleará Juan de Loyola para escribir la biografía de Bernardo.

Finalmente en los informes que cada tres años el P. Provincial por oficio debía enviar a Roma, informa sobre la figura de Bernardo, muerto no hacía mucho. Es el primero en reconocer que Bernardo fue el instrumento elegido para propagar el culto al S. Corazón en España: «*Se abrasaba en amor y en devoción hacia el Sagrado Corazón; y a su celo y a sus iniciativas se debe principalmente que tal devoción se haya difundido felizmente por nuestra España.*»

Bernardo fue enterrado, sin duda, en el enterramiento dedicado a la comunidad del colegio de S. Ignacio donde él estaba haciendo su tercera probación y donde murió. Este lugar era una

cripta abovedada delante del presbiterio en el templo de san Miguel. Sabemos que devotos suyos iban a rezar ante su tumba y que algunos obtuvieron grandes favores.

Cuando en 1767 el rey Carlos III expulsó a los jesuitas, el templo se cerró al culto durante siete años, hasta que en 1775 fue convertido en parroquia. Con esta ocasión el templo se habilitó para recibir las sepulturas de los fieles. Esta conversión llevó consigo traslados de tierras y construcción de nuevas sepulturas. Así desapareció el enterramiento jesuítico.

Todas las pesquisas y excavaciones hechas concienzudamente para encontrar la tumba del siervo de Dios, no han dado resultado positivo alguno.

## 9. SU CAUSA, EN MANOS DE LA IGLESIA

A poco de su muerte, se escribieron dos biografías de Bernardo. La primera fue escrita por el Manuel de Prado, Rector de la casa donde había muerto el joven. Esta biografía tenía el rango de «elogio oficial», es decir, es algo que se escribe por mandato del P. Provincial y sólo de aquellos sujetos que han dejado detrás de sí una estela innegable de santidad. Es una obra breve pero muy abundante y precisa en sus datos.

Cinco años más tarde el P. Loyola terminaba la segunda biografía. En ella se copian literalmente muchos de los abundantísimos apuntes espirituales de Bernardo. Pero esta biografía tuvo dificultades en la censura.

Las dificultades no venían de la obra misma, sino del ambiente jansenista y antijesuitico que estaba gestándose entonces en España. En tales circunstancias no parecía prudente publicar la vida de un apóstol del Sagrado Corazón. De hecho esta biografía permanece todavía inédita y sólo se conservan de ella tres o cuatro manuscritos.

Unos años más tarde, en 1767, la enemistad contra los jesuitas desemboca en la expulsión decretada por Carlos III de España y de todos sus territorios de ultramar. Seis años después de este destierro, el Papa Clemente XIV suprime la Compañía de Jesús. Restaurada ésta cuarenta años más tarde por el papa Pío VII, todavía tiene que sufrir varios destierros. Es comprensible que durante todo este tiempo los jesuitas no encontraron ni paz ni ocasión de introducir el proceso del P. Hoyos.

Por fin, en 1895, D. Antonio Cascajares, Arzobispo de Valladolid, comienza el proceso diocesano que termina a finales de



siglo. En él se habla de varios milagros atribuidos a la intercesión del P. Hoyos.

Al proceso diocesano sigue el proceso apostólico o ante la Santa Sede. En ambos procesos se reconoce la fama de santidad de Bernardo y se aprueban sus escritos así como la incoación de la causa.

Pero, a pesar de quedar introducida, la causa quedó en vía muerta ya que, transcurrido más de siglo y medio de la muerte del siervo de Dios, faltaban testigos contemporáneos, y esto dificultaba mucho el proceso.

Por fortuna la Sagrada Congregación de Ritos creó en 1930 una Sección Histórica: en esta sección entraban las causas carentes de testigos contemporáneos a los hechos, y tal falta de testigos directos podía suplirse con una exhaustiva investigación histórica.

Esta investigación histórica ha sido llevada a cabo, y muy satisfactoriamente, por el P. Eusebio Rey, y también ha sido aprobada por la Sagrada Congregación. Dicha aprobación supone dos cosas: primera, que la documentación presentada es válida históricamente; segunda, que ofrece fundamento sólido para elaborar sobre ella la ponencia sobre las virtudes heroicas del siervo de Dios.

También ha sido presentada al estudio de los jueces la ponencia sobre las virtudes heroicas del P. Hoyos. Cuando le toque su turno, los teólogos se pronunciarán sobre las virtudes heroicas del siervo de Dios. Y si este dictamen es positivo, como se espera, entonces el Sumo Pontífice declarará heroicas las virtudes del P. Hoyos y dará comienzo el examen de los milagros a él atribuidos en orden a una posible beatificación.

Una palabra final sobre los milagros atribuidos al P. Bernardo de Hoyos.

Al escribir su biografía, el P. Loyola hace mención de varios hechos conceptuados por él como milagrosos, y que tuvieron lugar

durante los cinco años que median entre la muerte del joven y la terminación de su escrito.

De estos hechos la Iglesia no ha pronunciado ningún dictamen porque nunca se han presentado a su examen autorizado.

Los tres primeros presuntos milagros atribuidos a la intercesión del P. Hoyos y presentados al examen oficial de la Iglesia lo fueron en la curia diocesana de Valladolid entre 1946 y 1949. De otros dos milagros se hizo proceso en la curia diocesana de Madrid entre 1948 y 1950.

El resultado de estos procesos ha sido remitido a la Congregación de los Santos de Roma. De entre estos milagros se escogerá uno que, previo dictamen positivo de médicos y de teólogos, pueda servir para la beatificación del siervo de Dios. Pero este examen no podrá realizarse hasta que previamente no se hayan declarado heroicas las virtudes del P. Hoyos, punto en el que actualmente se encuentra la causa.

## CRONOLOGÍA BÁSICA

### 1711

20 agosto

Nace en Torrelobatón (entonces diócesis de Falencia, hoy provincia de Valladolid).

5 setiembre

Es bautizado en la iglesia de Santa María de Torrelobatón.

### 1720

23 mayo (*9 años*)

Recibe el sacramento de la Confirmación.

Octubre (*10 años*)

Comienza a estudiar ínfima Gramática en el colegio de S. Pedro y S. Pablo en Medina del Campo.

### 1721

?

Hace una escapada a Madrid para que su tío Tomás le encuentre un colegio donde estudiar.

Octubre (*17 años*)

Prosigue sus estudios en el colegio jesuítico de Villagarcía de Campos (Valladolid) durante cuatro años hasta julio 1726.

### 1726

11 julio (*15 años menos mes y medio*)

Es inscrito en el registro de los novicios en Villagarcía de Campos.

## **1728**

12 julio (*17 años menos mes y medio*) Emite sus primeros votos.

Octubre (17 años)

Comienza sus estudios de Filosofía en Medina.

## **1731**

Junio (*a punto de cumplir 20 años*)

Por designación de sus profesores, defiende públicamente unas tesis en acto académico solemne.

Octubre (20 años)

Comienza su cuatrienio de estudios teológicos en el colegio de S. Ambrosio de Valladolid.

## **1733**

3 mayo - 12 junio (*a punto de los 22 años*)

Revelaciones del Corazón de Jesús. Gran promesa. Consagración personal. Comienza propagar el culto del S.C. entre sus amigos.

## **1734**

Despliega ferviente actividad para propagar el culto del S. Corazón por medio de un libro, imágenes, novenas, cofradías, etcétera.

Octubre (23 años)

Comienza el cuarto curso de teología.

18 diciembre (*23 años*)

Es ordenado de subdiácono.

31 diciembre

Recibe el diaconado.

## **1735**

2 enero (*23 años*)

Es ordenado de presbítero.

6 enero

Celebra su primera Misa en el Templo de S. Miguel de Valladolid.

Junio

Organiza en el Colegio de S. Ambrosio la primera novena solemne en honor del S. Corazón.

Setiembre (*24 años*)

Comienza el año de Tercera Probación.

18 noviembre

Cae enfermo.

29 noviembre (24 años, 3 meses y 9 días)

Muere.